

Administración del decrecimiento organizacional. Una perspectiva crítica desde el capital y el consumismo

Erik Geovany González Cruz¹

El empresario debe actuar para servir a la sociedad en lugar de tener como objetivo la maximización de los beneficios como único fin de la empresa.
(Duque Orozco, Cardona Acevedo y Rendón Acevedo, 2013, p. 197).

Resumen

La administración del decrecimiento organizacional es una propuesta de estudio, debate y análisis para las escuelas de administración, negocios, estudios organizacionales, así como, para buscar un cambio, una revolución del pensamiento de los dueños y gerentes de las empresas. Trata de desvincular la idea de que la administración y el crecimiento tienen una relación innata; propone, por tanto, el decrecimiento como una alternativa a las problemáticas ambientales y sociales de la actualidad, mismas que se han agudizado gracias al capitalismo y el consumismo. Para lograr lo anterior, se realiza una revisión teórica de los elementos que determinan a la administración moderna, entre ellos se examina la palabra griega *oikonomía* con el propósito de acercarnos a las primeras alusiones acerca de la administración de casa y el vivir bien. Posteriormente, se revisan algunos cambios que trajo consigo la modernidad hacia una razón instrumental, lo cual coadyuva con la forma actual de concebir la administración. De esta manera, se analiza la producción capitalista como el principio del fin (ambiental-social), la cual genera explotación natural y humana, potencializada por la secuela del fin, el consumismo. Ante esto, se puede pensar en el decrecimiento como una antesala al fin para contrarrestar la generación de entropía y, particularmente, proponer una alternativa, la administración del decrecimiento organizacional, dirigida principalmente a la reducción de las grandes empresas. Finalmente, se reflexiona acerca de los alcances que puede tener esta idea.

Palabras clave: Entropía, economía, modernidad.

Introducción

Las problemáticas ambientales y sociales que aquejan a nuestra sociedad actual pueden explicarse desde una crítica al razonamiento instrumental (Horkheimer, 1973) que caracteriza a la modernidad. Si bien es cierto que nos encontramos en la era de la humanidad en la que más productiva es, también es en la que la desigualdad más pronunciada está entre el que más tiene y el que menos. Mientras que existen productos de lujo a los cuales solo unos cuantos en el planeta pueden acceder, una mayoría vive en condiciones en las cuales apenas pueden solventar sus necesidades básicas y en condiciones no propiamente dignas.

Esta desigualdad es el resultado de la producción y consumo en masa, del proceso capitalista de explotación (Marx, 1999), el cual implica presiones sobre la naturaleza y los seres humanos. Las condiciones actuales de crecimiento requieren de explotación exponencial del medio ambiente y de la fuerza de trabajo. Bajo esta idea, el objetivo que se plantea en este trabajo es desarrollar una alternativa, la administración del decrecimiento organizacional como un planteamiento a debate, reflexión y análisis, en las escuelas de administración, de negocios y de los estudios organizacionales, pero principalmente para generar un cambio en el pensamiento, cultura de los dueños y gerentes de las grandes empresas.

Para desarrollar la idea de la administración del decrecimiento organizacional se hace revisión teórica, en la que se analiza, en un primer momento, el término de economía desde el griego *oikonomía*, bajo la perspectiva aristotélica y estoica, con la finalidad de intuir que la administración no tiene de manera innata una relación con el crecimiento, sino con el vivir bien. En esta línea, se trabaja sobre el tema de la modernidad como la procursora del pensamiento acumulativo y de crecimiento instrumental. Este fenómeno influyó en la manera en la que se

fundamentó la administración moderna, sus diferentes escuelas, de una u otra forma, se construyeron o han sido utilizadas para mejorar la producción de las organizaciones.

Lo anterior potencializó el proceso de explotación del medio ambiente y del ser humano: por lo que el principio del fin (ambiental-social) se puede rastrear en los procesos de producción capitalista; el consumismo, constituye la secuela del fin que acrecienta la problemática de manera exponencial; antes del fin, desde la teoría económica con bases retomadas de la termodinámica, se plantea el decrecimiento para detener la generación de entropía, el índice de energía que no puede ser utilizada por el ser humano; frente a esto, se propone, como alternativa, la administración del decrecimiento organizacional, la cual tiene el potencial de reducir la acumulación de capital en unos cuantos, reducir la producción de entropía alta y de construir organizaciones éticas, mediante el cambio de paradigma (cultura) que se enfoque en los dueños y los gerentes de las grandes empresas.

La idea de la administración del decrecimiento organizacional como alternativa a la problemática ambiental y social actual puede tener varios obstáculos, los mismos que han logrado que se ignore el tema del decrecimiento de manera general en temas políticos, económicos y sociales. El tema del decrecimiento no es nuevo; sin embargo, se enfrenta a poderes político-económicos que han logrado su olvido. Por eso, es importante retomar el tema en los espacios dedicados a la producción y consumo de las mercancías, del fenómeno organizacional, de la administración privada, en tanto que esta ha influido otros espacios administrativos. Como parte de la sociedad, como parte de la causa de las problemáticas actuales, su reconfiguración es una necesidad más que una opción.

Economía: administración de casa y otras administraciones

La palabra economía se compone de los vocablos griegos *oîkos*, que significa *casa*, como un conjunto de bienes que la familia tiene en posesión y el verbo *némein* que implica administrar, regir y dirigir; bajo este primer acercamiento, *oikonomía* hace referencia al ámbito privado, «de una casa familiar, constituida por esposo, esposa, hijos, esclavos y bienes rurales» (García, 1984, p. 232). Sin embargo, en Aristóteles se puede observar un tránsito hacia un aspecto más amplio de la economía, tal como lo plantea García (1984), donde se incluye la *polis* y a la familia en las reflexiones acerca de la riqueza como un medio necesario para su mantenimiento.

Para Pseudo-Aristóteles (300 a.C. – 400 d.C./1984, Libro I, Capítulo Primero) existen varias diferencias entre el arte de gobernar una casa y el arte de gobernar una ciudad; una es que las casas son el fundamento de la ciudad, además de que la primera es gobernada por una persona, mientras que la segunda es gobernada por un número indeterminado de jefes.

Una ciudad es un conjunto de casas, tierras y propiedades autosuficientes para vivir bien. Es evidente, ya que, si los hombres no pueden alcanzar este fin, la comunidad se disuelve. Es más, se reúnen con este fin; y por él cada cosa existe y ha llegado a ser, y su entidad es precisamente ésta. Así es evidente que el arte de administrar una casa es anterior, en origen, al arte de administrar la ciudad, pues su función es anterior: una casa es una parte de una ciudad. (Pseudo-Aristóteles, 300 a.C. – 400 d.C./1984, Libro I, Capítulo Primero 1343^a, pp. 10-18).

Cabe recalcar el fin de la acción en colectivo al conformarse en ciudad: el vivir bien. Esta es la razón por la cual se da el arte de gobernar una ciudad, de administrar (*némein*) una ciudad; sin embargo, esta es posible solo gracias a la existencia primaria de la administración (*némein*) de la casa. Bajo esta lógica, el fenómeno de la administración de la casa se vuelve génesis y modelo de la administración de la ciudad. En Pseudo-Aristóteles (300 a.C. –

400 d.C./1984) se observa que la relación interna de la casa busca perpetuar la existencia del ser humano, mas no hace énfasis en su crecimiento.

[...] ya que no sólo por existencia sino también por el bienestar son colaboradores mutuos la hembra y el macho. Y la producción de hijos es un modo de servir a la naturaleza, pero también es por su interés, pues los trabajos que soportan mientras son fuertes por sus hijos aún débiles, a su vez se ven recompensados, en la debilidad de su vejez, por parte de sus hijos que ya están en pleno vigor. Y al mismo tiempo la naturaleza con esta continua sucesión cumple la ley de perpetuar la existencia, pues si no puede hacerlo con el número, lo hace con la especie. (Pseudo-Aristóteles, 300 a.C. – 400 d.C./1984, Libro I, Capítulo Tercero 1343b, pp. 18-26).

En relación con las cualidades que debe tener quien gobierna una casa respecto a sus bienes, Pseudo-Aristóteles (300 a.C. – 400 d.C./1984) distingue cuatro: 1) capaz de adquirirlos y conservarlos; 2) ordenar los bienes y hacer buen uso de ellos; 3) distinguir entre las posesiones, para que las productivas sean más que las improductivas, así como los trabajos que han de estar distribuidos de manera que que puedan evitar riesgos de todos al mismo tiempo; 4) la inspección de la casa en relación con su tamaño, vigilancia. Si bien las cualidades enunciadas hacen referencia a elementos que pueden encontrarse en la administración moderna, podemos notar que el crecimiento no es una de ellas.

Alejandose de la administración de la casa, se diferencia en Pseudo-Aristóteles (300 a.C. – 400 d.C./1984) cuatro tipos de administración: la real, la satrápica, de la ciudad y privada. La real posee cuatro aspectos especiales: moneda en circulación, exportaciones, importaciones y gastos. La satrápica tiene seis tipos de ingresos: «de la tierra, de los productos peculiares de la región, del comercio, de los impuestos, de los rebaños y de las demás fuentes» (Pseudo-Aristóteles, 300 a.C. – 400 d.C./1984, Libro II, Capítulo Primero 1345b, pp. 29-31). Por su parte, la economía de la ciudad se hace de ingresos de los productos peculiares del país, el mercado exterior y lugares de paso, así como de las tasas ordinarias. Finalmente, la economía

privada es la menos importante, en tanto que sus ingresos y gastos son pequeños, sus ingresos derivan de la tierra, demás actividades ordinarias e interés del dinero. Además, «hay un principio que es común a todos los tipos de economía y conviene considerarlo muy atentamente, especialmente en la economía privada: que los gastos no sean mayores que los ingresos» (Pseudo-Aristóteles, 300 a.C. – 400 d.C./1984, Libro II, Capítulo Primero 1346a, pp. 14-17).

Podemos observar que la economía privada, incluyendo a la administración privada, es uno de varios tipos de administración ya existentes con anterioridad. Y que esta era la menos importante por su tamaño e ingresos, lo que claramente ha cambiado en relación con la actualidad. También, en esta perspectiva, que no es la de la administración de la casa, sino de las cuatro administraciones mencionadas, se observa una tendencia hacia el crecimiento y el ahorro:

Una vez que hemos hecho las divisiones, seguidamente debemos considerar, a su vez, si la satrapía, de la que nos ocupamos, o la ciudad son capaces de producir todas las rentas que acabamos de distinguir o las mas importantes de ellas; de eso debemos tratar. Después consideremos qué fuentes de ingreso no existen en absoluto, pero podrían existir, o de las que en el presente son pequeñas cuáles podrían aumentarse; y entre los gastos actuales cuáles y cuántos pueden ser suprimidos sin dañar en nada al conjunto. (Pseudo-Aristóteles, 300 a.C. – 400 d.C./1984, Libro II, Capítulo Primero 1346a, pp. 21-24).

Finalmente, Pseudo-Aristóteles (300 a.C. – 400 d.C./1984) expone una serie de ejemplos de cómo hombres o ciudades se han hecho de fondos, ya sea mediante métodos para procurarse dinero o a través de una manera hábil de administración, en circunstancias determinadas, mediante medidas extraordinarias.

Siguiendo esta línea, podemos resumir que existe una separación entre la administración de la casa y de la ciudad, así como, de los otros tres tipos, que incluyen a la privada; que la administración de la casa antecede a las

segundas, en tanto que sin su existencia, no podrían constituirse. Que el fin de la administración de la ciudad es el vivir bien; el crecimiento, en tanto riqueza, es, principalmente, relevante para la administración privada, pero esta, también, tiene su fundamento en la administración de la casa. No podría darse una administración privada si no existen las casas.

Por tanto, se puede afirmar que, la administración (*némein*) no tiene de manera innata el elemento del crecimiento, que si bien este es un principio presente en las administraciones que no son la administración de la casa, el elemento primordial de la administración de la ciudad es el vivir bien; y, además, que las administraciones se fundan y, por tanto, debieran cuidar como componente primordial, el bienestar de la administración de la casa.

Desde la perspectiva estoíca podemos acercarnos a la economía gracias a Jenofonte (369 d.C./1993), donde, a partir de una discusión entre Sócrates y Critobulo, plantea la relación de la propiedad, como bienes provechosos y el supuesto deber del administrador de acrecentar estas propiedades. Ante lo anterior, Sócrates pone en discusión el término de riqueza o bien, que se plantea como algo que beneficia siempre que se sabe utilizar, o que no genera un perjuicio a aquel que la posee, incluyendo el dinero.

Creo que tú mismo conviniste que son bienes las cosas de las que nos podemos beneficiar. En cualquier caso, si alguien emplea su dinero en contratar a una cortesana y por culpa de ella se encuentra peor de cuerpo, peor de espíritu y peor de hacienda, ¿cómo podría beneficiarle su dinero? [...] En ese caso, Critobulo, si no se sabe emplear, hay que rechazar el dinero tan lejos que ni siquiera se incluya entre los bienes. (Jenofonte, 369 d.C./1993, I, pp. 13-14).

Bajo esta perspectiva, se pone de manifiesto el hecho de que pueden existir personas con la capacidad para generar beneficios de las cosas y que no lo hacen, en tanto que pueden ser esclavos, de la holganza, la cobardía moral y la desidia, si es que estos son considerados como maldades, así como amos engañosos como los juegos de dados y las malas compañías; hay otros que

son esclavos de la gula, la lujuria, la embriaguez, ambiciones estúpidas y costosas. Por tanto, Sócrates precisa que es necesario luchar por la libertad frente a estos amos y, también, de los que intentan esclavizar mediante las armas (Jenofonte, 369 d.C./1993).

Ante la idea que plantea Critobulo de que un buen administrador es aquel que sabe administrar bien su propia hacienda, así como, asegurando que no es esclavo de los amos señalados, le pide consejo a Sócrates para incrementar su hacienda o en su caso le pregunta si ya son suficientemente ricos. Por lo que Sócrates le contesta que él es más rico y que incluso siente lástima de Critobulo, a pesar de que su riqueza sea cien veces menor.

Porque los míos [riqueza], en efecto, dijo, me bastan para satisfacer mis necesidades. En cambio, para la vida que llevas y para poder mantener tu reputación, creo que ni aunque tuvieras tres veces más de lo que ahora posees sería suficiente para ti. (Jenofonte, 369 d.C./1993, II: 4)

Lo anterior muestra el impulso del ser humano por vivir en un mundo de las apariencias sociales; esto no se limita a una época histórica, sino que es parte de las necesidades de satisfacción de este. En la actualidad, esto ha generado problemáticas globales, como es el consumismo, motor exponencial del capitalismo.

Es evidente que el contexto moderno no es el mismo que las condiciones en las que se plasmaron los planteamientos revisados en este apartado – pueden ser peores–. Sin embargo, sí permiten conocer lo que es la administración (*némein*) anterior a la administración moderna y cuestionar elementos que parecieran ser innatos a ella, como lo es el crecimiento. Así como las múltiples formas de administración anteriores y observar el proceso de invasión que tuvo la administración privada sobre las demás formas, poniendo en peligro el objetivo de la administración de casa – perpetuar la existencia del ser humano, en tanto que ha puesto en riesgo

los recursos naturales y humanos para lograrlos, haciéndonos esclavos de esos amos que parecen obligarnos a consumir–.

Modernidad hacia la razón instrumental

Una posible explicación del imperio de la administración privada sobre las otras formas de administrar y, posteriormente, de la excesiva tecnificación de sus procesos, puede ser el viraje que se dio en lo que Foucault (2005) llama el *momento cartesiano*. Este alude a la forma en la que se accede a la verdad, donde se superpuso la verdad subjetivada sobre la verdad autosubjetivada. En la primera, la verdad –en tanto discurso explicativo de la realidad– proviene del exterior y es interiorizada en el sujeto; en la segunda, la verdad se origina en las propias reflexiones del sujeto y se expresa a través de un discurso autogenerado.

Lo anterior implica un principio que prioriza el objeto sobre el sujeto, es decir, lo que se conoce sobre quien conoce, como mecanismo para acceder a su verdad. Por lo que el proceso empírico se convirtió en la forma idónea de explicar la realidad, generando así las bases para el método científico: la experimentación como forma de comprobación del conocimiento descrito. Este tiene la capacidad de conocer las cosas, pero pierde de vista la persona que experimenta la realidad. Como contrapartida, se generaron tradiciones científicas que buscaron centrar la atención en el sujeto, en el cómo vive el mundo; de ahí surge la tradición interpretativista, fenomenológica y cualitativa (Tarrés, 2013; Taylor, Bogdan y DeVault, 2016).

Sin embargo, este esfuerzo no ha sido suficiente, probablemente porque se encuentra inmersa en la misma forma epistemológica-sistémica de acceder al conocimiento, de verificarlo y de validarlo, lo que Horkheimer (1973) llama razón instrumental. El autor distingue tres tipos de razón, la razón objetiva, la razón subjetiva y la razón instrumental. La primera alude

a aspectos supremos, en otras palabras, del designio humano, contempla el orden social como un todo y enfatiza los fines por sobre los medios.

No se situaba la correspondencia entre conducta y meta, sino las nociones –por mitológicas que puedan antojársenos hoy– que trataban de la idea del bien supremo, del problema del designio humano y de la manera de cómo realizar las metas supremas. (Horkheimer, 1973, p. 17).

A lado de la razón objetiva se encuentra la razón subjetiva. Esta implica la capacidad del ser humano de realizar actos de clasificación, conclusión y deducción. Por tanto, razón subjetiva es el resultado de la función de abstracción del mecanismo pensante, la cual es capaz de calcular probabilidades y adecuar los medios a los fines, priorizando a los primeros (Horkheimer, 1973). Para Horkheimer (1973), la razón objetiva y la razón subjetiva han existido desde un principio, donde la primera es abarcadora, mientras que la segunda es parcial y limitada. Ambas racionalidades habían coexistido, hasta que se produjo un movimiento en contra de la razón objetiva, a través de la lucha contra la religión.

Los filósofos de la Ilustración atacaron a la religión en nombre de la razón; en última instancia a quien vencieron no fue a la Iglesia, sino a la metafísica y al concepto objetivo de razón mismo: la fuente de poder de sus propios esfuerzos [...] La razón se autoliquidó en cuanto medio de comprensión ética, moral y religiosa. (Horkheimer, 1973, p. 29).

A partir de este acontecimiento, el acceso a la verdad se enfocó, instrumentalmente, en la cosa a partir de la razón subjetiva e ignoró y desprestigió la razón objetiva. Bajo este contexto surge la razón instrumental, la cual se articuló en el proceso social, cuyas nociones se convirtieron en síntomas comunes de varios ejemplares; «al abandonar su autonomía, la razón se ha convertido en instrumento» (Horkheimer, 1973, pp. 31-32). Bajo este esquema, la verdad moderna proviene de la razón instrumental, de lo externo, de lo socialmente aprobado, descalificando la razón objetiva y subjetiva que cada individuo posee, que pudiera brindarle

una verdad propia, autosubjetivada. Lo más problemático es la incapacidad individual y colectiva de salir de un razonamiento instrumental, esta, al conformarse, «adoptar una especie de materialidad y ceguera, se torna fetiche, entidad mágica, más aceptada que experimentada espiritualmente» (Horkheimer, 1973, p. 34).

En una línea similar, Marcuse (1973) plantea la apariencia de la razón para hacer de las necesidades políticas necesidades de la sociedad, para la satisfacción de las aspiraciones individuales se promueven negocios en pro de un supuesto bienestar general. En este aspecto, el autor es crítico de esta manera de control que tiene como fundamento dos aspectos: la vida merece vivirse, y existen formas y medios específicos para mejorar esta vida. Siguiendo estos argumentos, el autor afirma que la razón, la cual promulga la eficacia y al crecimiento, puede decirse que es en sí misma irracional. Se han generado formas cualitativas que permiten en la razón instrumental hallar lo que la razón objetiva brindaba, sin esfuerzo reflexivo, lo supremo ha sido vendido y consumido.

La civilización industrial avanzada: el carácter racional de su irracionalidad. Su productividad y eficiencia, su capacidad de incrementar y difundir comodidades, de convertir lo superfluo en necesidad y la destrucción en construcción, el grado en que esta civilización transforma el mundo de los objetos en extensión de la mente y el cuerpo del hombre hace dudosa hasta la noción de alineación. La gente se reconoce en sus mercancías; encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina. (Marcuse, 1973, p. 31).

Bajo la idea de la *sociedad unidimensional*, el *hombre unidimensional* (Marcuse, 1973) ha sido incapaz de escapar del discurso dado por la razón técnica, por la razón instrumental, por la verdad dada. En este contexto, la administración ha formado su campo de conocimiento y escuela científica, pero también se ha construido a partir de esta una escuela crítica, lo que puede conformarse como estudios críticos organizacionales.

Fundamentos de la administración moderna

Siguiendo las reflexiones de Barba (2013), la administración como práctica social puede distinguirse de la administración como un campo de conocimiento. Esto implica –mínimo– dos perspectivas históricas recientes de lo que es la administración: la primera alude a una práctica tradicional y la segunda a una profesión, disciplina o ciencia. Es importante recalcar lo que Barba (2013) afirma respecto a la administración como campo de conocimiento, que esta «es característica específica propia de la sociedad moderna, de la sociedad capitalista» (p. 140).

Bajo esta perspectiva, se ubica el surgimiento de la administración moderna en el auge de la industrialización, la tecnificación y, por supuesto, de la instrumentalización, lo que transformó la forma de organizar el trabajo, cobijado de «la lógica de la eficiencia, como condición de la racionalidad instrumental» (Barba, 2013, p. 140), dando paso a nuevas formas de organizar, propias de la sociedad moderna y que tendrían su sustento, principalmente, en la empresa (Barba, 2013).

Esta lógica entre la empresa y la administración como campo de conocimiento generó un binomio que trascendería el ámbito privado del mercado, para acceder a otros espacios como son la academia, el gobierno y la esencia social. Primero, coadyuvó con la academia para retroalimentarse y generar así un espacio disciplinario, en el que engendró diferentes ramificaciones; una de ellas sería la administración pública, con lo que su influencia llegaría a las formas de gobierno. Sin embargo, la mayor influencia se encuentra en la esencia social del ser humano, en su forma de pensar y actuar en sociedad.

Si bien la administración, como construcción hacia un campo del conocimiento, encuentra su origen en la ingeniería de la mano de Fayol (1968) y Taylor (1997), anterior a ella y en la actualidad se encuentra

inmersa en una complejidad disciplinaria que abarca a la totalidad económica; por esto, es importante conocer sus fundamentos formales para conocer su esencia. En este sentido, es relevante revisar el planteamiento básico de estos dos autores.

En primera instancia, Fayol (1968) infiere que la función administrativa se compone de la previsión, la organización, la coordinación y el control; además, esta función es uno de los deberes de la gerencia. Con lo anterior, el autor enfatiza en la función administrativa como un elemento propio – separado de la función técnica, comercial, financiera, de seguridad y de contabilidad– y, a la vez, primordial de toda empresa.

Por su parte, Taylor (1997) propuso recuperar los principios del método científico para conformar la mejor forma de trabajar en cada uno de los procesos del taller, racionalizando la labor del trabajador, el cual se convierte –bajo esta lógica– en un ente cuyo propósito es la obediencia a la gerencia. Algo así como calibrar a los trabajadores para que su rendimiento sea el mejor posible, objetivándolos y cosificándolos, un recurso más de la empresa.

Frente a este fenómeno, nacen una serie de escuelas que recuperan – hasta cierto punto– el carácter humano de los trabajadores a principios del siglo XX; sin embargo, esto con la participación de las mismas empresas. Surge de esta forma la Teoría de la Organización, principalmente, con lo que se conoce como la Escuela de las Relaciones Humanas, de la mano de Mayo (1972), quien propone comprender a los trabajadores como seres cuyo comportamiento y estado emocional influyen en el funcionamiento de la empresa; por su parte, Roethlisberger y Dickson (1996) muestran a la organización como un sistema social con subsistemas en equilibrio.

Los esfuerzos que reconocieron el ser social del trabajador al interior de las empresas han mantenido un carácter productivista; en otras palabras,

siguen buscando el crecimiento de las ganancias. Esto se ve reflejado en escuelas posteriores, como son la escuela de la burocracia, del comportamiento, las nuevas relaciones humanas y de la contingencia (De la Rosa, 2007), las cuales buscaron comprender a la empresa – correspondientemente– desde una perspectiva racional, comportamental, cultural y contingente.

En suma, las diferentes corrientes hasta aquí descritas se encuentran en lo que se considera Teoría de la Organización, que tiene como objeto de estudio a la organización bajo las características de la funcionalidad, el determinismo local, la explicación causal y objetivos organizacionales articulados (Clegg y Hardy, 1996). Reed (1996) la caracteriza desde la estructura, el positivismo, lo global y el colectivismo. Por su parte, Barba (2013) plantea que desde la Teoría de la Organización el sujeto es objeto de la organización, existe una racionalidad instrumental, tiene una orientación económica y prevalece una metáfora orgánica.

Frente a esta postura se encuentran los Estudios Organizacionales, que incluye una serie de escuelas críticas y reflexivas que ponen énfasis en el sujeto más que en el objeto. Incluye las escuelas del Análisis Estratégico, Nuevo Institucionalismo Sociológico, Político y Económico, así como la Teoría de la Ambigüedad Organizativa, la Ecología Organizacional, el Análisis Transcultural, las Organizaciones Posmodernas, la Cultura en las organizaciones, la Antropología en las organizaciones, Aprendizaje y Conocimiento Organizacional, así como Poder en las organizaciones (De la Rosa, 2007).

Desde esta perspectiva, Clegg y Hardy (1996) postulan la existencia de actores oponiéndose al sistema, la presencia de la construcción social, una comprensión de tipo interpretativista, definiciones plurales y objetivos situacionales. Es característica, también, de los Estudios Organizacionales,

lo local y el individualismo (Reed, 1996). Por su parte, Barba (2013) plantea –bajo este esquema– que la organización es objeto del sujeto, la multirracionalidad, con una orientación social, anarquía organizada, donde prevalece la metáfora de la cultura.

Bajo este planteamiento, la comprensión de la organización ha ido cambiando dentro del estudio de las organizaciones (incluyendo a la empresa). Si bien el centro de los estudios se mantuvo en el ámbito privado, estos se han diversificado en otras organizaciones del campo social, lo que ha permitido comprender otras lógicas; sin embargo, de alguna forma el principio del crecimiento se ha mantenido. De esta forma, Hall (1996) ha brindado una de las definiciones de organización más usadas tanto en Teoría de la Organización como en Estudios Organizacionales:

Una colectividad con una frontera relativamente identificable, un orden normativo, niveles de autoridad, sistemas de comunicaciones y sistemas de coordinación de membresías; esta colectividad existe de manera continua en un ambiente y se involucra en actividades que se relacionan por lo general con un conjunto de metas; las actividades tienen resultados para los miembros de la organización, la organización misma y la sociedad. (p. 33).

Esta definición se encuentra enriquecida por las diferentes escuelas de ambas vertientes. Es importante acotar que la separación entre Teoría de la Organización y Estudios Organizacionales es sutil en algunas latitudes a tal punto que algunos incluyen la segunda en la primera, por ejemplo, Hatch (1997). Bajo este esquema, Contreras y De la Rosa (2013) proponen la idea de la Perspectiva Organizacional, como un elemento coadyuvante de ambas corrientes:

Cuando se percibe un objeto o fenómeno desde el punto de vista de la organización y/o lo organizado, se abre un ángulo de visión determinado tanto por los elementos con los cuales se constituyen la organización y/o lo organizado como por las características que se les atribuyen a los mismos elementos. Lo anterior conduce a mantener en perspectiva organizacional –por la referencia que da el punto de vista de la organización y/o de lo organizado– al fenómeno u

objeto percibido. Así, cuando se abre un ángulo de visión entre el observador que percibe desde la organización y/o lo organizado y, el fenómeno u objeto percibido, cualquiera que éste sea, se forma una perspectiva organizacional. (Contreras y De la Rosa, 2013, pp. 24-25).

Si bien es cierto que existe una cercanía entre la Teoría de la Organización y los Estudios Organizacionales, estas dos corrientes paradigmáticas mantienen identidades propias, hasta cierto punto opuestas y constituidas por direcciones múltiples que intentan explicar el fenómeno organizacional (Ibarra, 1991), por lo que reconocer las diferencias entre ambas resulta importante para observar el desarrollo del estudio de la organización y, por tanto, de las diferentes vertientes que han permeado el desarrollo histórico de la administración en sus diferentes vertientes. Infortunadamente, en el caso mexicano –aunque no se limita a este país–, los estudios organizacionales, en su mayoría, han sido influidos por los principios de crecimiento más que por posturas críticas. Lo anterior ha provocado que los estudios mantengan una esencia desarrollista de crecimiento al interior del pensamiento interpretativista, constructivista y cualitativo. Esto es resultado del propio pensamiento científico en el que se encuentra inmerso su paradigma epistemológico.

Bajo esta idea, tal vez sea conveniente romper la ontología moderna del estudio de las organizaciones; es evidente que no se trata de dejar de lado o –equivocadamente– buscar eliminar y descalificar el arte de administrar, en tanto que es parte de la economía de la sociedad moderna; incluso, filosófica e históricamente, es parte constitutiva de la sociedad-ciudad. Pero, en esta línea, es importante repensar su función, más allá de la administración privada, pero, a la vez, en una perspectiva transformadora de esta, especialmente en la coyuntura ambiental actual.

El principio de un posible fin: capitalismo

La sociedad moderna se encuentra inmersa en un paradigma de producción, comercialización y consumo, característico de lo que se conoce como modelo capitalista. Este modelo occidental, tal como lo concibe Reygadas (2021), contiene dos narrativas contrapuestas: la apologética y la apocalíptica. La primera considera al capitalismo «como un sistema progresista y armónico, capaz de auto-regularse y de asegurar el crecimiento continuo, la libertad de las personas y la prosperidad de las sociedades» (Reygadas, 2021, p. 27); la segunda concibe el capitalismo como un sistema, en tanto tal, que «tiende a la exacerbación de sus contradicciones y la profundización de las desigualdades, lo que genera crisis cada vez más graves y catástrofes ecológicas cada vez más severas» (Reygadas, 2021, p. 27).

Esta forma dicotómica de concebir el capitalismo, evita el consenso, la negociación; más allá, su profundo esencialismo es incapaz de reconocer los elementos fundados de la contraparte, tal como lo señala el mismo Reygadas (2021), por lo que el autor pone en la mesa la posibilidad de la existencia de otros capitalismos. Estos capitalismos posibles se encuentran fuera de las posturas apologéticas y apocalípticas, pero al mismo tiempo tienen de ambas; son resultado de las contradicciones del capitalismo, mismas que alimentan las narrativas esenciales de las primeras. Sin embargo, lo que va a determinar una o la otra serán los procesos históricos y la agencia humana.

Para salir de la cárcel de dos celdas configurada por las narrativas idílica y apocalíptica el gran reto es dejar de pensar en el capitalismo como una esencia, como un sistema que funciona al margen de la historia, como si fuera la mera realización o actualización de un plan perfectamente diseñado, ya sea para garantizar la libertad y la armonía o la explotación y la desigualdad. Hay que historizar y contextualizar al capitalismo, ponerlo en contacto con la agencia y la contingencia. Hay que construir una teoría de la diversidad de los capitalismos. (Reygadas, 2021, p. 84).

La elasticidad de la que habla Reygadas (2021) permite pensar en formas menos nocivas al capitalismo occidental; sin embargo, su elasticidad contiene ciertos límites, como bien lo señala el mismo autor, la frontera entre lo que es capitalismo y lo que no es se encuentra en el predominio hegemónico «de las dos relaciones fundamentales de este sistema, la relación capital trabajo y la relación de mercado» (Reygadas, 2021, p. 191).

En este sentido, es importante revisar el sentido primario del capitalismo y este parte, en primera instancia, de la relación básica que tiene el dinero y la mercancía, la cual encuentra su esencia en la forma de circulación:

La forma directa de la circulación de mercancías es $M - D - M$, o sea, transformación de la mercancía en dinero y de éste nuevamente en mercancía: *vender para comprar*. Pero, al lado de esta forma, nos encontramos con otra, específicamente distinta de ella, con la forma $D - M - D$, o sea, transformación del dinero en mercancía y de ésta nuevamente en dinero: *comprar para vender*. (Marx, 1999, p. 103).

Cuando se da la primera forma de circulación, se parte de la posesión de la mercancía, el producto es de quien lo vende, él es quien la produce; en la segunda forma se encuentra de inicio el dinero, este no es dueño de la mercancía, sino que la adquiere a través de su compra; posteriormente, la venta de esta mercancía va a generar una ganancia, pero solo después cubrir el valor de la mercancía y agregar un valor extra: «El incremento o excedente que queda después de cubrir el valor primitivo es lo que yo llamo *plusvalía (surplus value)* [...] y este proceso es lo que se convierte en *capital*» (Marx, 1999, p. 107).

Sin embargo, el acceso a la mercancía por quien posee el dinero solo se da gracias a la existencia de otro ser humano, que es en sí mismo mercancía, al vender su capacidad de trabajo o fuerza de trabajo, que implica «el conjunto de las condiciones físicas y espirituales que se dan en la corporeidad, en la personalidad viviente de un hombre y que éste pone en acción al producir

valores de uso de cualquier clase» (Marx, 1999, p. 121). Bajo esta perspectiva, la generación de capital se da únicamente a través de la compra y venta de la fuerza de trabajo. Las mercancías que genera esta fuerza de trabajo y que dejan de ser propiedad de quien las produce para ser propiedad de quien las compra para vender, no para consumir.

El valor de uso es el resultado del gasto de fuerza humana tanto física como abstracta, es esto lo que da como resultado la mercancía; la naturaleza puede ser útil para el ser humano y no ser mercancía, en tanto que esta no ha sido mediada por el trabajo (Marx, 2000). En este sentido, ese recurso que no ha sido tocado por la fuerza de trabajo (socialmente determinada) no contiene un valor de cambio, solo un valor de consumo. El valor de las mercancías se determina a través de sus equivalencias específicas, de su valor de uso y su valor relativo; sin embargo, existe una mercancía que puede constituirse como la forma equivalente general. El dinero es la mercancía que desempeña la función de forma equivalente general.

En tanto equivalente general, guarda en su ser la suma de la explotación natural y humana que se requiere para generar las mercancías equivalentes a las cuales va a representar. El producto que se encuentra como recurso natural, que no ha sido afectado por el trabajo del ser humano, que es en sí un recurso para el consumo y sobrevivencia, no contiene en su ser algún tipo de equivalencia. Sin embargo, al cambiarlo por una mercancía, este se convierte, también, en una, en tanto que requiere de una equivalencia. Frente a una equivalencia entre mercancías de consumo se puede mantener una cierta igualdad, pero frente a una equivalencia de dinero este implica la generación de una plusvalía, en tanto que este no puede ser consumido y, por tanto, debe ser cambiado por otra mercancía. De esta forma, siempre que se cambia dinero por mercancía y luego, nuevamente, se vende, este

tiene en su ser la explotación de la naturaleza y la explotación de la fuerza de trabajo, en la plusvalía que se genera en esta circulación.

La forma de intercambio que inicia con el dinero para la compra y venta de mercancías implica, de una manera específica, una desigualdad para quien vende y para quien compra. Para quien vende, en tanto que no es proveedor directo que quien va a consumir y, por tanto, la ganancia que puede obtener de su producto no es la que recibe y para quien consume porque el precio que paga tiene la acumulación de la plusvalía de cada intercambio que se ha dado por esa mercancía. Este fenómeno, en la modernidad, ha traspasado el ámbito del mercado, de la administración privada y ha trascendido a otras formas de administración como es el de las naciones.

La burguesía, en Francia e Inglaterra, había conquistado el poder político. Desde ese momento la lucha de clases, tanto en lo práctico como en lo teórico, revistió formas cada vez más acentuadas y amenazadoras. Las campanas tocaron a muerto por la economía burguesa científica. Ya no se trataba de si este o aquel teorema era verdadero, sino de si al capital le resultaba útil o perjudicial, cómodo o incómodo, de si contravenía o no las ordenanzas policiales. (Marx, 2000, p. 14).

El poder económico ha avanzado mucho más de lo que Marx (2000) observó en su época, ha rebasado fronteras de naciones y ha sometido a estas a conductas consumistas; se ha cobijado por la ciencia moderna e instrumental, pendiente del crecimiento económico, pero alejada de la verdad; se ha preocupado por satisfacer y crear necesidades más de la fantasía que de la sobrevivencia.

La mercancía es, en primer lugar, un objeto exterior, una cosa que merced a sus propiedades satisface necesidades humanas del tipo que fueran. La naturaleza de esas necesidades, el que se originen, por ejemplo, en el estómago o en la fantasía, en nada modifica el problema. Tampoco se trata aquí de cómo esa cosa satisface la necesidad humana: de si lo hace directamente, como medio de subsistencia, es decir, como objeto de disfrute, o a través de un rodeo, como medio de producción. (Marx, 2000, p. 43).

Este efecto moderno que provoca la inconsciente necesidad de consumir ha catapultado exponencialmente la devastación natural y humana que genera el capitalismo. El valor que tienen las mercancías –el cual es resultado de estos dos elementos– se paga con crisis ambientales y anomalías sociales, con injusticias y desigualdades, pero, sobre todo, poniendo en riesgo la propia sobrevivencia del ser humano como especie.

La secuela del posible fin: consumismo

El inicio del fin del planeta se encuentra en la explotación de la naturaleza y del ser humano como mercancías, medios por los cuales se logra la plusvalía; sin embargo, esta problemática vio un crecimiento exponencial en el fenómeno consumista actual. El consumismo es un fenómeno que implica una relación social y no biológica; se trata «de la reconversión de los deseos, ganas o anhelos humanos (si se quiere “neutrales” respecto del sistema) en la principal fuerza de impulso y de operaciones de la sociedad» (Bauman, 2007, p. 43). Implica una especie de fantasía en la cual nos encontramos y que tiene como objeto la satisfacción de necesidades –del mismo origen– a través del consumismo.

Para Bauman (2007), el consumo es el «ciclo metabólico de ingesta, digestión y excreción, el consumo es una condición permanente e inamovible de la vida y un aspecto inalienable de ésta, y no está atado ni a la época ni a la historia» (Bauman, 2007, p. 43), y este es parte integral e inamovible de todas las formas de vida que hasta ahora conocemos (Bauman, 2007). Es la parte biológica y física que caracteriza a todo ser vivo, el consumo es una cuestión de sobrevivencia y perpetuación de las especies, mientras que el consumismo es una forma social de coordinar la reproducción sistémica, la integración social, la estratificación, la formación

del ser humano, así como la autoidentificación de grupos e individuos (Bauman, 2007).

En la sociedad del consumo el sujeto es ante todo un producto que se encuentra constantemente recuperando este carácter en el ciclo social de compra y venta, donde ya no solo es fuerza de trabajo y mercancía, sino que ahora él mismo es producto a ser vendible y consumible: esta es su tarea y su finalidad subjetiva.

La «subjetividad» del «sujeto», o sea su carácter de tal y todo aquello que esa subjetividad le permite lograr, está abocada plenamente a la interminable tarea de ser y seguir siendo un artículo vendible [...] Transformar a los consumidores en productos consumibles. (Bauman, 2007, p. 26).

Esto ha sido construido a través de un discurso acaparador de la conciencia social, materialista y consumista. Que tiene que ver con el desarrollo del marketing de las empresas; este considera las necesidades del ser humano, en tanto ser biológico y sus necesidades sociales. Además, considera el deseo social de las personas y la capacidad de satisfacción de estas como un bien material que se obtiene a través de la solvencia económica.

Las necesidades son requerimientos humanos básicos tales como: aire, alimento, agua, vestido y refugio. Los humanos también tenemos una fuerte necesidad de ocio, educación y entretenimiento. Estas necesidades se convierten en deseos cuando se dirigen a objetos específicos que podrían satisfacer la necesidad. Un consumidor estadounidense necesita alimento, pero puede desear un emparedado de queso y carne y un té helado. Una persona de Afganistán necesita alimento y podría desear arroz, cordero y zanahorias. A las carencias les da forma la sociedad.

Las demandas son deseos de un producto específico respaldadas por la capacidad de pago. Muchas personas carecen de un Mercedes Benz, pero sólo unas cuantas pueden pagarlo. Las empresas deben medir no solamente cuántas personas quieren su producto, sino también cuántas carecen de él y pueden pagarlo. (Kotler y Keller, 2012, p. 10).

El desarrollo de la administración empresarial ha tenido como objetivo la producción y el consumo. La reducción de costos y el crecimiento de ganancias, incluso en las escuelas del conocimiento de esta disciplina que han profundizado en el aspecto humano, han sido utilizadas para generar una mayor explotación del trabajador. Ejemplo de lo anterior es la literatura de la excelencia (Ibarra, 2000) o paradigma gerencial de la excelencia (Ibarra, 1994).

Peters y Waterman (2004) desarrollan una serie de elementos característicos de empresas estadounidenses que llaman de excelencia; en estas identifican una cultura que fomenta la tradición del campeón, del ganador, de ser el mejor. Esto implica una recompensa moral en el trabajador, que se identifica en la empresa y que genera su identidad en ella, este modelo, «engloba al individuo en su plano tanto personal como profesional» (Aubert y Gaulejac, 1993, p. 93).

Sin embargo, también ha generado un costo en el mismo plano, la motivación emocional que se genera se convierte a largo plazo en problemas psicológicos de quienes se ven involucrados. En tanto que se encuentran en espacios de tensión con dispositivos de control explícitos e implícitos, que generan una movilización psíquica en dos vertientes: 1) adhesión pasional, tener tu corazón y estómago unidos a tu trabajo, como una pasión amorosa, que puede convertirse en un mal de amores al no recibir lo que se espera, dejando un vacío; 2) sistema generador de paradojas, contradicciones donde se afirma algo y luego se afirma otra cosa al respecto, pero ambas son excluyentes; por ejemplo, *solo tienes derecho al éxito, estás condenado a triunfar* (Aubert y Gaulejac, 1993).

Esta cultura de la excelencia ha permeado a las empresas y ha generado una forma de vivir basada en la búsqueda del bienestar material, de la acumulación de las riquezas, del tener más y el ser mejor. Sin embargo, esto

no solo se ha quedado al interior de estas organizaciones privadas, sino que ha permeado a las sociedades occidentales y, gracias a la globalización, se ha apoderado de los sitios más recónditos, su discurso se ha movido a través de los medios de comunicación y de las redes sociales.

Frente a esta subjetivación de bienestar material, positiva, cosificada, se encuentran formas de resistencia, en muchos casos obligadas. El espíritu del ser humano permite alcanzar alternativas ante situaciones francamente totalizadoras. Como ya se ha revisado, esta inclinación al crecimiento del capital, al consumismo, a la cosificación de la identidad, es resultado de un viraje en la forma de acceder a la realidad, de ahí deriva su complejidad; su comprensión es un primer paso para detener sus embates.

Al igual que el fetichismo de la mercancía, el fetichismo de la subjetividad también está basado en una mentira, y por las mismas razones, por más que esas dos variantes del fetichismo concentren el encubrimiento en caras opuestas de la dialéctica sujeto-objeto intrínseca a la condición humana. Ambas variantes tropiezan y caen frente al mismo obstáculo: la obstinación del sujeto humano, que resiste valerosamente los embates constantes de la cosificación. (Bauman, 2007, p. 36).

La transformación de nuestra realidad pertenece al individuo, en la relación sujeto-objeto, el sujeto siempre se encuentra como primera instancia empírica, es desde el sujeto desde el cual se conoce la realidad. Es desde la subjetividad de cada uno de nosotros desde el cual vivimos cada uno su propia realidad y es desde este punto inalienable desde el cual se puede poner en duda el discurso que nos rodea, hacer hincapié en un bienestar espiritual más que material.

No se trata de una necesidad religiosa o la búsqueda sencilla de respuestas objetivas, sino del reencuentro con uno mismo, con volver la mirada al razonamiento objetivo, con hallar nuestro lugar y vínculo con el todo, con el universo –si se quiere–, con dios, pero especialmente con la naturaleza. La naturaleza de este planeta que ha sido objeto de las ambiciones humanas y

cuyos embates se han potencializado en los últimos siglos; quedan aún algunas opciones, una de ellas, la administración del decrecimiento organizacional.

Antes del posible fin: economía del decrecimiento

Se han revisado algunos puntos importantes respecto a la administración moderna y su tendencia al crecimiento acelerado, descontrolado; sin embargo, también se ha observado que, históricamente, el arte de administrar no está relacionado de manera innata con el crecimiento. Este proviene, principalmente, de la administración privada y de ahí ha permeado distintos sectores de la sociedad.

Aunado a lo anterior, los problemas ecológicos muestran las limitaciones de nuestro planeta, de ahí que surja una corriente económica que plantea el decrecimiento como una opción necesaria. Parte de la reflexión acerca del mito de que «un mundo estacionario y la población con crecimiento cero pondrán fin al conflicto ecológico de la humanidad» (Georgescu-Roegen, 1975, pp. 781-782). Para llegar a este planteamiento, Georgescu-Roegen (1975) retoma algunos elementos propios de la termodinámica.

En esta perspectiva, afirma que «la termodinámica es en el fondo una física del valor económico –como Carnot inconscientemente lo asentó– y la ley de la entropía es la más realmente económica de todas las leyes naturales» (Georgescu-Roegen, 1975, p. 788). Esto debido a que la economía es irreversible e irrevocable, así como cualquier otro tipo de proceso de la vida (Georgescu-Roegen, 1975), se encuentra entre el uso de insumos y el trato de desechos. Esta perspectiva material de la vida permite pensar que la problemática ambiental se puede solucionar gastando más en el trato de los desechos que en evitar producirlos.

La paradoja sugerida por esta idea, a saber, que todo lo que el proceso económico hace es transformar en desecho la materia y energía valiosa, se resuelve en forma fácil e instructiva. Nos obliga a reconocer que el verdadero producto del proceso económico (o de cualquier proceso de la vida, para ese caso) no es el *flujo material* de desechos, sino el aún misterioso flujo inmaterial del goce de la vida. (Georgescu-Roegen, 1975, p. 788).

En concreto, la problemática que retoma Georgescu-Roegen (1975) de la física es el de la generación de entropía, esta surge de la relación entre dos tipos de energía: 1) la energía aprovechable o libre, y 2) la energía no aprovechable o ligada. La entropía hace referencia a la segunda forma de energía, a la cantidad de energía que no puede aprovecharse, que simplemente se dispersa, se trata del «índice de la cantidad de energía no disponible en un sistema termodinámico dado, en un momento dado de su evolución» (Georgescu-Roegen, 1975, pp. 785-786). El mismo autor lo plantea en la pérdida de calor que es irrecuperable para el uso del ser humano: «el asunto es relativamente sencillo: todas las clases de energía se transforman gradualmente en calor, y el calor finalmente se disipa, de manera que el hombre ya no lo puede emplear» (Georgescu-Roegen, 1975, pp. 785-786).

Bajo la idea de que cualquier organismo viviente lucha contra la degradación entrópica, consumiendo entropía baja (negentropía) y expulsando entropía alta (Georgescu-Roegen, 1975), es fácil pensar que, en un determinado medio ambiente, la entropía alta pueda llegar a superar, la entropía baja, si el medio ambiente no logra generar la entropía que compense este consumo. Siguiendo esta línea, gracias a la comprensión de la entropía se puede entender cómo los recursos no pueden ser utilizados una y otra vez, tanto naturales como humanos. Para Georgescu-Roegen (1975), este hecho es base de todo pensamiento económico: «cada acción del hombre o de un organismo; más aún, cualquier proceso en la naturaleza,

debe resultar en un déficit para el sistema total» (Georgescu-Roegen, 1975, p. 790).

Otra problemática que observa Georgescu-Roegen (1975) es que, desde las diferentes corrientes económicas, no se contempló la generación de desechos, así como el insumo de recursos naturales. El recurso material para la generación de la mercancía y, en general, de todos los procesos económicos, se dieron por sentados como elementos existentes e infinitos. El problema no era que hubiera, sino cómo conseguirlo. El asunto es que, en la actualidad, el problema sí es la escasez de los recursos, no solo para la producción, sino para vivir. En este sentido, se encuentran en riesgo de un mayor despojo y de violencia, los pueblos con más recursos naturales, y que, irónicamente, son los que menos se benefician de los procesos de producción capitalista.

La relación del ser humano con la naturaleza, al igual que cualquier ser vivo, guarda un vínculo entrópico, en que inevitablemente hay una pérdida de energía aprovechable; sin embargo, es a través de los procesos modernos de producción que el crecimiento de la entropía ha impedido a la naturaleza su autorrecuperación. El asunto es que lo anterior es resultado de la intervención humana y no puede la misma lógica solventar este problema. Es decir, la inversión por reutilizar los desechos provoca en sí misma un desgaste de la naturaleza que provoca más entropía. La inversión para utilizar energías *renovables* provoca entropía, lo cual resulta contradictorio. Mientras siga siendo la lógica del consumismo la solución para el problema ambiental, este seguirá creciendo.

Dada la naturaleza entrópica del proceso económico, los desechos son un producto tan inevitable como el insumo de los recursos naturales [...] «Mas grandes y mejores» motocicletas, automóviles, aviones de retroimpulso, refrigeradores, etcétera, necesariamente causan no sólo «mayor y mejor» agotamiento de los recursos naturales, sino también «más y mejor» contaminación. (Georgescu-Roegen, 1975, p. 795).

El crecimiento, en la modernidad, se liga a la idea del desarrollo, en tanto que el primero implica un aumento de los productos o del movimiento de estos en un determinado territorio, en otras palabras, crecimiento económico, mientras que el segundo se ha convertido en tecnificación e instrumentalización de las innovaciones, mismas que catapultan el crecimiento económico, «dado también el anhelo de confort y artefactos del hombre, cada descubrimiento nuevo conduce al crecimiento» (Georgescu-Roegen, 1975, p. 806). Sin embargo, no existe una relación necesaria entre crecimiento y desarrollo; para Georgescu-Roegen (1975), puede concebirse el desarrollo sin crecimiento, esto explica históricamente por qué han existido periodos de estados estacionarios y, de esta manera, sostiene que la idea de crecimiento es una necesidad propia de la mayoría de los economistas modernos.

En este sentido, el desarrollo puede direccionarse hacia el decrecimiento y no hacia el crecimiento, «sin duda el crecimiento actual debe cesar; es más, debe revertirse» (Georgescu-Roegen, 1975, p. 814). Para Georgescu-Roegen (1975), el estado estacionario no es suficiente para evitar una catástrofe ambiental, si bien han existido momentos de la historia humana donde el estado cuasi estacionario ha tenido como resultado el estancamiento de las artes y la ciencia, esto podría llevar a la gente a estar ocupada en el campo y los talleres, en tanto que el tiempo que se requiere para el progreso intelectual se encuentra vinculado a la intensidad de la presión sobre los recursos (Georgescu-Roegen, 1975). El mayor consumo de energía entrópica baja permite que el tiempo de ocio se vuelva productivo; sin embargo, esto genera una doble reproducción de energía entrópica alta: el primero, respecto a la que se produce por el uso del tiempo de ocio; el segundo, por el consumo, nuevamente, de entropía baja. Lo que provoca un problema exponencial del aumento de la entropía. De ahí que el

decrecimiento en la producción de productos, de su agotamiento, incluso, el no aprovechamiento consumista o productivista del ocio, pueda ser una alternativa no solo real, sino necesaria.

Alternativa: administración del decrecimiento organizacional

La relación entre administración y crecimiento pareciera ser innata. Sin embargo, podemos afirmar que esto es un mito moderno, como lo muestran las reflexiones de los primeros apartados de este trabajo. La existencia de varios tipos de administración en la historia y la relación semántica entre la economía y la administración de la casa, para el buen vivir, es otro ejemplo de que la construcción discursiva del crecimiento – acelerado– es resultado de la modernidad. Lo anterior se observa más claramente en el desarrollo instrumental del conocimiento característico de esta época, con lo que fenómenos tales como el capitalismo y el consumismo potencializaron problemáticas ambientales y sociales. El contexto actual marca una era consumista, neoliberal (globalizadora de la administración privada), que agudiza las necesidades emocionales, espirituales y de identidad, convirtiéndolas en objetos de satisfacción a través de la materialidad, de la compra y venta de productos y personas.

Las diversas corrientes de la administración moderna –como campo del conocimiento y práctica organizacional– se enfocan en el análisis de las diversas formas de conocer y abordar problemáticas organizacionales, mismas que buscan ser explicadas y, en el último de los casos, solucionadas. En esta perspectiva, se han desarrollado prácticas relacionadas a la responsabilidad social y la sustentabilidad para afrontar la problemática ambiental; sin embargo, aunque mucha de la literatura al respecto implica compromisos sociales y éticos de las empresas, no abordan el tema del

decrecimiento, respecto a lo que se observa en la investigación de Vandeventer y Lloveras (2021).

Además, una crítica a las diferentes corrientes administrativas que estudian la responsabilidad social y la sustentabilidad, como una salida a esta problemática, puede abordarse desde lo que retoma Georgescu-Roegen (1975) de P. W. Bridgman, respecto al *contrabando de entropía*, el cual expone la falacia de poder reducir la entropía a través de algún descubrimiento, sustentado en, la siempre posible, pero altamente improbable, capacidad de revertir el proceso de alta a baja entropía. Este hecho es un mito, en tanto que, mientras la responsabilidad social y la sustentabilidad tengan como objeto la inversión de dinero –con su respectiva plusvalía–, las acciones para recuperar el medio ambiente y las relaciones sociales gastarán en esencia baja entropía y seguirán generando entropía alta.

Sugerir además que el hombre puede, a algún costo, construir un nuevo medio ambiente a la medida de sus deseos es ignorar por completo que el costo consiste esencialmente de baja entropía, no de dinero, y que está sujeto a las limitaciones impuestas por las leyes naturales. (Georgescu-Roegen, 1975, pp. 797-798).

Las condiciones actuales nos permiten repensar acerca de la posibilidad de una administración que más que el crecimiento busque el decrecimiento. Las limitaciones ambientales en las que nos encontramos han dado esta oportunidad de reparar el daño ecológico y humano. Pero debe cambiarse la forma de pensar, una revolución mental en la forma de administrar, tal como planteaba Taylor (1997), pero en esta ocasión no en busca del mejor camino, del más eficiente o del más eficaz, ni del más óptimo, sino hacia aquel que permita perpetuar la especie y que permita llegar a ese vivir bien en la administración de las casas. No bajo la lógica de la acumulación de la riqueza para mantener cierta reputación, sino con lo necesario para la

satisfacción de las necesidades y vivir bien, dignamente, que tanta gente carece.

La postura que se plantea aquí es que el decrecimiento organizacional se enfoque en las grandes empresas que hacen crecer la entropía de manera masiva y que, a su vez, proyecte un desarrollo humano y digno de las organizaciones comunitarias, de las micro y pequeñas empresas, pero – especialmente– de las administraciones de casa. En este aspecto, la teoría del decrecimiento puede retomarse para solventar problemáticas ambientales y sociales. Para fortalecer esta idea, es necesario revisar las diferentes vistas que ha tenido el decrecimiento en estudio de las organizaciones. Vandeventer y Lloveras (2021) plantean que el concepto de decrecimiento ha sido abordado, metafóricamente, desde varias perspectivas:

[...] ‘un eslogan político con implicaciones teóricas’ (Latouche, 2010, p. 519), un concepto académico acompañado de un movimiento social (Martinez-Alier et al., 2010), un ‘concepto normativo con implicaciones analíticas y prácticas (Kallis et al., 2018, p. 4.3), una ‘utopía concreta’ (Kallis, 2018, p. 11). (Vandeventer y Lloveras, 2021, p. 361).

Actualmente, los esfuerzos de la ONU (Organización de las Naciones Unidas) se encuentran delimitados por la Agenda 2030 con 17 objetivos primordiales (ONU, 2023); sin embargo, todos siguen en la lógica del crecimiento, de la inversión y de la producción de alta entropía. A pesar de que el tema del decrecimiento no es nuevo, ha sido ignorado largamente por la ONU; lo mismo ha ocurrido en Escuelas de Negocios, de Estudios de Organización y Gerencia (OMS, según las siglas en inglés para *business schools and organization and management studies*), las cuales hasta recientemente han debatido el tema del decrecimiento bajo las siguientes líneas: consumo sostenible, turismo y economía circular (Vandeventer y Lloveras, 2021). En relación con lo que se ha trabajado respecto al decrecimiento en las OMS,

Vandeventer y Lloveras (2021) realizaron una búsqueda de lo que se ha escrito, obteniendo varios resultados, reduciéndolos a 28 publicaciones de análisis, de los cuales lograron agruparlos en tres perspectivas: *estabilización, reconfiguración y proyección*.

En cuanto a la *estabilización*, se refiere principalmente al pensamiento proveniente de la economía ecológica, los autores lo dividen en tres subtemas: *rígida*, que alude a definiciones establecidas, pero que se adaptan a situaciones particulares, conlleva el decrecimiento de residuos, el turismo autoexplicativo que no confronta la alterización, mercantilización y explotación del turismo, «cambio del paradigma del decrecimiento, activistas del decrecimiento, interpretaciones del decrecimiento en contextos locales y la institucionalización del decrecimiento» (Vandeventer y Lloveras, 2021, p. 368); *silencio selectivo*, se trata de la alineación del decrecimiento a tópicos de las OMS, «desarrolla una versión del decrecimiento que busca una reconciliación con las organizaciones y las OMS» (Vandeventer y Lloveras, 2021, p. 368); *término equivocado*, implica el uso de un término que puede ser intercambiado con el de decrecimiento, de manera equivoca, se trata del poscrecimiento, el cual tiene características de fluidez, cuyos argumentos sufren cambios transformativos, mismos que terminan por separarse de la idea del decrecimiento.

El tema de la *reconfiguración* implica rebotes en el aparato epistémico de las OMS, así como de nuevas conexiones dentro y fuera de estas; en relación con este tema, se observan los siguientes subtemas: *crítica*, este encuentra resonancia en los *critical management studies*, implica el decrecimiento de los macromercados hacia el desarrollo de economías alternativas, así como una crítica al desarrollo capitalista; además, se mueve en el espacio del activismo con un pensamiento del decrecimiento; *prácticas existentes*, se trata de prácticas organizacionales y gerenciales que concuerdan con la

perspectiva *crítica* del decrecimiento, pero que no son todos los casos; bajo esta perspectiva, se encuentra que «el decrecimiento *debe* reconfigurarse hacia una audiencia de OMS gerencial y orientada a los negocios» (Vandeventer y Lloveras, 2021, p. 368); lo anterior es posible *porque* coadyuva con temas, teorías y otros elementos de los cuales ya hablan los gerentes de las OMS; *fuera* del decrecimiento hay elementos como el posdecrecimiento o el estado estacionario, que si bien se encuentran fuera del objetivo principal del decrecimiento, han ayudado a delimitar mejor su objetivo.

Respecto a la práctica de la *proyección*, se refiere a la forma en la que las OMS forjan la dirección analítica de las ideas del decrecimiento, que se complican de manera práctica. Implica una determinación clara del objetivo del decrecimiento para las posibles ideas que puedan proyectar las OMS, así como su relación con tópicos existentes que estas puedan tener, aprovechar su dirección en cuanto a innovación y nuevas oportunidades de transformación. Por otra parte, se encuentra lo que Vandeventer y Lloveras (2021) llaman *proyección mutua*; implica conceptos como la producción entre pares y las comunidades resilientes; además, aborda el debate y la reflexión acerca del objeto del decrecimiento y las ideas de las OMS. También existen algunas prácticas en las proyecciones que manipulan la idea del decrecimiento, un poco al estilo del poscrecimiento y el estado estacionario, afirmando que el decrecimiento es «un objeto astillado, borroso y nebuloso, que, sin embargo, puede ser rastreado en las ideas de las OMS» (Vandeventer y Lloveras, 2021, p. 368).

Las prácticas que nos plantean Vandeventer y Lloveras (2021) son evidencia del avance que hay en el estudio, reflexión e intervención que ha tenido el tema del decrecimiento dentro de las OMS en particular. Bajo esta línea, se puede hablar de la administración del decrecimiento organizacional

como un elemento propio del estudio de las OMS, pero particularmente de las prácticas relacionadas al tema crítico y proyectivo. En este sentido, hay un acercamiento con los Estudios Críticos Organizacionales (ECO), en tanto que la idea de la administración del decrecimiento organizacional plantea la reducción de las grandes empresas; por tanto, interviene en el tema de la macroeconomía. Además, retoma los postulados de las escuelas críticas – razón instrumental y consumismo–, así como la perspectiva marxista acerca de la acumulación de capital. Ambos elementos coadyuvan con la problemática ambiental y social de desigualdad, generan su crecimiento exponencial, provocando un fenómeno complejo por la profundidad de su ser, habita en el individuo y se retroalimenta en la sociedad, en su cultura, en sus creencias.

La administración del decrecimiento organizacional es una propuesta para un desarrollo que reduzca la acumulación del capital en unos cuantos, que reduzca el consumo en general, pero principalmente el consumo que va más allá de la garantía de una vida digna de las administraciones de casa, de su buen vivir. Implica la reducción del consumo de élite, el movimiento de grandes proporciones de dinero involucra explotación del medio ambiente y del ser humano; por tanto, se trata de reducir el gasto de lujos innecesarios que no coadyuvan con el bienestar social. Que las grandes empresas reduzcan su producción; que se vuelva la mirada al campo y su territorialización; que se impulse a las micro y pequeñas empresas, así como a las organizaciones comunitarias y cooperativas. Los empleos que puedan perderse en esta reducción pueden absorberse en un campo digno, productivo y garantizado por el Estado; el gobierno, en este sentido, debe tomar las riendas de la economía y garantizar el autoabasto.

Algunas acciones del gobierno actual en México (2018-2024) van en este sentido; es comprensible que los cambios no puedan ser abruptos, además

de que las grandes empresas transnacionales no son inertes, usan el poder adquirido para defenderse, esto vuelve problemático el camino hacia el decrecimiento. Por eso es que la administración del decrecimiento organizacional es un planteamiento hacia las empresas, hacia sus dueños y gerentes, para cambiar la forma de pensar y de sentir, crear una nueva cultura, para generar organizaciones éticas a través de sujetos organizacionales (González Cruz, 2021A, 2021B), capaces de deconstruir y reconstruir sus discursos, capaces del decrecimiento.

Reflexiones finales

La administración del decrecimiento organizacional es un planteamiento, pero también es una salida a la problemática ambiental y social que enfrentamos; busca, por una parte, reducir la generación de entropía y, por otra, una repartición más igualitaria de las condiciones de vida en la sociedad. Se trata de una crítica y una propuesta a la sociedad capitalista-consumista en la que vivimos, implica una revolución del pensamiento de la sociedad en general, pero, en específico, de los dueños y gerentes de las grandes empresas. No se trata de un tema poco estudiado, pero sí de un tema ignorado en varias disciplinas y en las OMS en particular.

Mucha de la literatura del decrecimiento se ha retomado para hablar de temas como la sustentabilidad, incluso en políticas internacionales; sin embargo, esta perspectiva estabilizadora del decrecimiento se encuentra fuera de la misma y permite, a la vez, aclarar su objeto. El decrecimiento implica la reducción de la absorción de baja entropía y la generación de alta entropía; esto solo puede lograrse produciendo menos y reduciendo el consumismo.

La administración no es sinónimo de crecimiento. Históricamente, ha tenido perspectivas más allá de un enfoque privado; sin embargo,

actualmente esta postura ha sido impulsada por el razonamiento instrumental y cosificador de la modernidad, que ha logrado influir en otros campos de la administración, como es el espacio gubernamental y de la casa. Por tanto, puede concebirse una administración que tenga por objeto el decrecimiento y, al mismo tiempo, el desarrollo, así como el buen vivir, lo cual implica no solo un bienestar material, que garantice una vida digna para todos y todas, sino que también implique un bienestar espiritual desconectado del consumo.

Las condiciones actuales tanto ambientales como sociales pueden permitir esta transformación; las OMS y, particularmente –en México– las universidades públicas y privadas dedicadas al estudio de la administración y lo organizacional, pueden adquirir este compromiso: la reflexión, el debate, la reproducción de un paradigma que genere administradores con conciencia social, preparados para la administración del decrecimiento organizacional.

Referencias

- Aubert, Nicole y Gaulejac, Vicent. (1993). *El coste de la excelencia*. Paidós.
- Barba, A. (2013). Conferencia. Administración, Teoría de la Organización y Estudios Organizacionales. Tres campos de conocimiento, tres identidades. *Gestión y estrategia*, 44, 139-151. <<https://doi.org/10.24275/uam/azc/dcsh/gye/2013n44/Barba%20>>.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica.
- Contreras, J. C. y De la Rosa, A. (2013). Organizaciones y políticas públicas. Elementos para trabajar una perspectiva organizacional de las políticas públicas. En A. De la Rosa y J. Contreras (coords.). *Hacia la perspectiva organizacional de la política pública. Recortes y orientaciones iniciales* (pp. 13-56). Fontamara.

- De la Rosa, A. (2007). La micro, pequeña y mediana organización en la perspectiva de los Estudios Organizacionales. Una mirada al caso de una microorganización desde la óptica del poder. Tesis de Doctorado en Estudios Organizacionales de la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa. División de CHS, Departamento de Economía, Coordinación del Programa de Posgrado en Estudios Organizacionales.
- Duque Orozco, Y., Cardona Acevedo, M., y Rendón Acevedo, J. (2013). Responsabilidad Social Empresarial: teorías, índices, estándares y certificaciones. *Cuadernos de Administración*, 29(50), 196-206. <<https://www.redalyc.org/pdf/2250/225029797009.pdf>>.
- Fayol, H. (1968). Administración industrial y general. En Frederick Taylor y Henri Fayol. *Principios de la administración científica y Administración industrial y general* (pp. 127-279). Herrero Hermanos Sucrs.
- Foucault, M. (2005). *La hermenéutica del sujeto*. Akal.
- García, M. (1984). Introducción. Económicos. En Aristóteles y Pseudo-Aristóteles. *Constitución de los atenienses y Económicos* (pp. 231-246). Gredos.
- Georgescu-Roegen, N. (1975). Energía y mitos económicos. *El Trimestre Económico*, 42(168(4)), 779-836. <<http://www.jstor.org/stable/20856519>>.
- González Cruz, E. G. (2021A). Reflexiones acerca de la organización ética y el sujeto organizacional. *Gestión y estrategia*, (59), 55-70. <<https://doi.org/10.24275/uam/azc/dcsh/gye/2021n59/Gonzalez>>.
- González Cruz, E. G. (2021B). Rethinking the Fourth Power Dimension: Organisational Subject and Culture Change. *Ciencias Administrativas*, (18), 63-74. <<https://doi.org/10.24215/23143738e086>>.
- Hall, R. H. (1996). *Organizaciones, estructuras, procesos y resultados*. Prentice Hall Hispano.

- Hatch, M. J. (1997). *Organization Theory. Modern, Symbolic and Postmodern Perspectives*. Oxford University Press.
- Horkheimer, M. (1973). *Crítica de la razón instrumental*. Sur.
- Ibarra E. (1994). Organización del trabajo y dirección estratégica. Caracterización de la evolución de los paradigmas gerenciales. En Varios. *Argumentos para un debate sobre la modernidad. Aspectos organizacionales y económicos* (pp. 15-47). Serie Investigación, núm. 13. UAM-Iztapalapa, Departamento de Economía.
- Ibarra, E. (2000). Teoría de la organización, mapa conceptual de un territorio en disputa. En Enrique De la Garza (coord.). *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo* (pp. 245-284). El Colegio de México, FLACSO, UAM, Fondo de Cultura Económica.
- Jenofonte (1993). *Económico*. (Trabajo original publicado ca. 369 d.C.). Gredos.
- Kotler, P., y Keller, K. (2012). La definición del marketing para el siglo XXI. En Philip Kotler y Kevin Keller. *Dirección de Marketing* (pp. 3-14). Pearson.
- Marcuse, H. (1973). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Joaquín Mortiz.
- Marx, C. (1999). *El capital, crítica de la economía política. Libro primero: el proceso de producción de capital I*. Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (2000). *El capital. Crítica de la economía política. Libro Primero. El proceso de producción del capital I*. Siglo XXI de España.
- Mayo, E. (1972). *Problemas humanos de la civilización industrial*. Nueva Visión.
- Organización de las Naciones Unidas, ONU (2023, mayo 9). Objetivos del desarrollo sostenible.
<<https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/biodiversity/>>.

- Peters, T. y Waterman, R. (2004). *In Search of Excellence. Lessons from America's Best-run Companies*. HarperCollins.
- Pseudo-Aristóteles (1984). Económicos. En Aristóteles y Pseudo-Aristóteles. *Constitución de los atenienses y Económicos* (pp. 231-318). (Trabajo original publicado ca. 300 a.C. - 400 d.C.). Gredos.
- Reygadas, L. (2021). *Otros capitalismos son posibles*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Roethlisberger, F. J. y Dickson, W. (1996). *Management and the Worker*. Harvard University Press.
- Tarrés, M. (2013). Lo cualitativo como tradición. En María Luisa Tarrés. *Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 37-59). El Colegio de México-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede México.
- Taylor, F. (1997). ¿Qué es la Administración Científica? Y Principios de la Administración Científica. En Merrill, Hawood. *Clásicos en Administración* (pp. 77-107). Limusa.
- Taylor, S., Bogdan, R. y DeVault, M. (2016). *Introduction to Qualitative Research Methods a Guidebook and Resource*. Wiley.
- Vandeventer, J. S. y Lloveras, J. (2021). Organizing Degrowth: The Ontological Politics of Enacting Degrowth in OMS. *Organization*, 28(3), 358-379. <<https://doi.org/10.1177/1350508420975662>>.

¹ Posdoctorante en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias Sobre Desarrollo Regional de la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e investigadores, Nivel 1. Contacto: <erikgeovany.gc@gmail.com>.